

¡El soberano de Haiti acudia á implorar su perdón para tenderles un lazo, ó impulsado á la vez por el remordimiento y por el temor, en vista de la derrota que habian sufrido las huestes de Caonabo, queria reanudar su amistad con él para librarse del castigo?

De cualquier modo, Colon consideró el deseo que le manifestaba por medio de sus embajadores como de buen augurio, y recibiendo inmediatamente:

—Volved á decid á vuestro rey,—contestó á los embajadores,—que le perdono, que acepto su amistad, que no demore su venida; deseo hablarle y le espero con los brazos abiertos.

Los emisarios corrieron á participar esta orden á Guacanajari.

---

## Capítulo XVI.

---

### Reconciliacion.

La llegada de los embajadores de Guacanajari preocupó á todos los colonos, que, ávidos de saber el objeto de su embajada, se reunieron en la puerta del palacio del almirante con el objeto de informarse.

Colon llamó á su hermano y á los individuos del Consejo, y les participó lo que los indios le habian dicho.

Diego salió á comunicar á los colonos los deseos de Guacanajari.

Quería la paz, y aquello podia considerarse como un gran triunfo.

Al mismo tiempo, por orden del almirante, anunció el pregonero que, habiéndose enterado de la desercion de algunos colonos, y especialmente de Pedro

Margarite, sin perjuicio de castigarle y castigar á sus secuaces, concedia indulto á todos los soldados diseminados en la Vega que se presentasen en la colonia en el plazo de tres dias.

Al dia siguiente muy temprano, en ligeras canoas, para no tener que atravesar parte de la Vega Real, mandada por Guarionex, se presentó Guacanajari con su acompañamiento, y por medio de una guardia de honor que habia mandado formar el almirante con objeto de recibirle, llegó hasta su palacio, en donde los consejeros y el adelantado mayor salieron á su encuentro para conducirle á la morada de Colon.

Guacanajari estaba profundamente conmovido.

Al penetrar en la estancia en donde estaba el enfermo, bajando los ojos, acercándose á su lecho y cogiendo los piés, quiso hablar, pero no pudo, porque la emocion le ahogaba.

Cubriendo de besos y de lágrimas las manos del almirante:

—Vengo,—le dijo,—á daros las gracias, porque me habeis concedido vuestro perdon.

—Siempre os he considerado como adicto á los reyes de Castilla y afecto á mi persona.

—No os habeis engañado, pero las apariencias me condenan, y necesito sincerarme á vuestros ojos.

Entonces refirió Guacanajari á Colon los medios de que se habia valido Flor de Palma para seducirle y separarle de él.

—Lo habia sospechado,—contestó el almirante,—y todas las desgracias que han ocurrido, todas las ca-

lamidades que han caido sobre los indios, han sido por culpa vuestra. Por más que yo estaba seguro de vuestra lealtad, por más que aconsejaba á mis soldados la prudencia, ellos me respondian que habías faltado á vuestros juramentos, que habiais ido á uniros con los demás caciques de la isla, sin más objeto que el de unir vuestras fuerzas á las suyas para destruirnos. Temerosos de que el gran número de indios fuese bastante á contrarestar nuestras fuerzas, se entregaron á la venganza, y esa es la causa de los crímenes que se han cometido.

—Harto lo conozco,—exclamó Guacanajari muy apesadumbrado;—pero no he podido hacer más de lo que he hecho. Los otros soberanos de Haiti desean vuestro exterminio. Me han llamado para que coope-re con ellos á vuestra destruccion; yo he resistido á sus consejos, á sus intimaciones; me he separado de ellos, he arrostrado su ódio, he despertado la maldicion y la execracion de los butios, que me han asegurado que los tzimes dejarán de serme propicios.

Todo lo he sufrido por ser fiel á mis juramentos, y hoy, lo mismo que el primer dia, deploro los sucesos que tuvieron lugar en la fortaleza de la Navidad, deploro la sangre que se ha derramado por una y otra parte, y estoy resuelto á consagrar mi vida y la de mis vasallos á vuestra defensa.

Por eso he venido á avisaros que esteis alerta contra las maquinaciones de Caonabo, que es fuerte y hábil, y que está resuelto á pelear con vosotros, como yo lo estoy á ofreceros toda clase de provisio-

nes, á brindaros mi morada y la de todos mis súbditos, á pelear á vuestro lado si es preciso, á renovar el pacto que en otro tiempo hicimos, y á perecer, si tal es la suerte que me está reservada, en aras del deber que he contraído, y por vosotros, á quienes considero siempre hijos del cielo.

—Yo acepto con gratitud y con cariño los ofrecimientos que habeis venido á hacerme, —dijo Colon.— No creo que necesitaremos luchar con vuestros hermanos.

La Providencia vendrá en nuestro socorro: restableceré la disciplina entre mis soldados, y volveremos á ser amigos en vez de ser opresores.

Volved á Marien; si los demás caciques os molestan, si intentan atacaros, correremos á vuestra defensa; pero decidles antes que renuncien por su parte á emplear las armas, porque nuestro único deseo es labrar su ventura.

Partió Guacanajari muy satisfecho de la acogida que le habia dispensado Colon; distribuyó muchos regalos entre todas las personas que encontró en la cámara del enfermo, y volviendo á las canoas, regresó á Marien con la conciencia más tranquila, con la satisfaccion del que cree que ha cumplido un deber.

No era menor la que experimentaba el almirante.

Por de pronto se habia convencido una vez más del excelente carácter de Guacanajari.

Lo mismo para la paz que para la guerra, era de mucho aprecio su cooperacion.

Abriendo un camino por la costa entre la colonia

y los dominios de Guacanajari, podian ponerse en pronta comunicacion; y si llegaba el imprescindible caso de tener que recurrir á las armas para someter á los indómitos vasallos de Caonabo, habia infinitamente más probabilidades del triunfo.

Aun cuando habia sabido por Guacanajari que todos los demás caciques se habian coaligado para combatir á los europeos, confiaba en que su falta de experiencia, su ignorancia de la táctica militar, les impedia sacar partido de sus numerosas fuerzas, y no dudaba que acudiendo con medidas prontas, castigando á unos y tratando benévolamente á otros, conjuraria la tormenta y restableceria la primera favorable impresion que su llegada habia despertado en los naturales del país.

Todas estas consideraciones le ayudaron á restablecerse, y cuando pudo levantarse, enterándose de la verdadera situacion que ocupaban sus enemigos, resolvió al mismo tiempo que castigar al cacique que habia cometido el horrendo crimen de incendiar la casa donde se guarecian los españoles, catequizar al soberano de la Vega Real para que aquel ejemplo de premio y de castigo contribuyese á sus propósitos.

Guatiguana, cacique del Gran Rio y tributario de Guarionex, hombre de espíritu vengativo, de indómito carácter, irritado al ver las vejaciones de que eran objeto sus vasallos, tendió un infame lazo á los españoles.

Sabia que por los alrededores de su tribu vagaban unos cuarenta soldados buscando provisiones, y en

una de las más grandes chozas reunió gran cantidad de víveres, como un cebo para sus enemigos.

Estos, al llegar á la poblacion, entraron en la choza, y entusiasmados al hallar un festin preparado, se entregaron á las dulzuras del festin.

Guatiguana, con un centenar de indios, oculto en un bosque inmediato, espiaba sus movimientos.

Apenas los vió entrar rodeó la choza de haces de leña, y al mismo tiempo treinta indios con teas encendidas prendieron fuego á los haces, y no tardaron los españoles en verse envueltos en una muralla de llamas.

Todos perecieron allí, y envalentonado Guatiguana con este triunfo, al frente de cien indios ébrios con su victoria, recorrió la Vega, dando muerte á los grupos de soldados que hallaba al paso.

Antes de castigarlos, resolvió Colon tener una entrevista con Guarionex, y al efecto envió á Luis de Vives, uno de los oficiales superiores, con un destacamento de veinte soldados.

Diego, el intérprete lucayo, le acompañaba para poder manifestar á Guarionex los deseos de Colon.

## Capítulo XVII

### Un nuevo triunfo de Colon.

Como siempre, exortó Colon á Luis de Vives para que tratase con la mayor consideracion á los indios, y únicamente le encargó que se apoderara del cacique Guatiguana, procurando explicar á Guarionex los motivos que impulsaban al almirante á tomar aquella determinacion.

Partió, en efecto, el emisario de Colon, y los indios, escarmentados por la derrota que habian sufrido, huian temerosos al ver á los soldados de Vives avanzar por la Vega Real.

Diego el lucayo sabia cuál era la residencia del cacique soberano, y guió hasta ella á Luis de Vives.

La poblacion estaba desierta.

Pero vió el intérprete á lo lejos á un indio, y ha-